

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO*

"Estén vigilantes, porque no saben el día ni la hora"

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Sabiduría 6,12-16; 1 Tesalonicenses 4,13-18; Mateo 25,1-13

Vamos finalizando el año litúrgico y también la lectura del evangelio según san Mateo. En estos tres próximos domingos, que faltan para concluirlo, leeremos el capítulo 25 de este evangelio: dos parábolas para culminar con un relato en torno al Juicio Final. Las dos parábolas, la primera exclusiva de Mateo –que leemos este domingo– y la segunda, muy cercana a otra de Lucas, plantean una advertencia sobre la vigilancia y atención que hay que prestar al tiempo presente.

Del capítulo anterior, que recoge anuncios de Jesús sobre la destrucción del Templo y sobre los últimos tiempos, recuerdo unas palabras: "Estén preparados también ustedes, porque a la hora que menos piensen vendrá el Hijo del Hombre" (24,44). Con palabras parecidas concluye también la lectura del evangelio de este domingo: "Velen, pues, porque no saben ni el día, ni la hora" Ahí creo que tenemos la clave para interpretar la parábola de las diez jóvenes doncellas, propuesta para este domingo.

Las primeras comunidades –así parece reflejarse en algunas cartas de Pablo– vivían entre confiadas en la pronta venida gloriosa del Señor al fin de los tiempos que pensaban ya próximo, e inquietas porque los tiempos se extendían y el regreso del Señor se postergaba. No debía ser fácil mantener la tensión de la espera atenta del fin, mientras los días se sucedían con monotonía y no sin complicaciones para las jóvenes comunidades. Se pierde el sentido de lo que se espera, se relaja la vigilancia, se adormece la disposición, se acrecientan los temores. La comunidad necesita recordar, avivar y actualizar las recomendaciones del Señor Jesús.

La parábola responde bien a ese cometido: el novio –esta vez sí es el novio– se retrasa en llegar y las jóvenes que, según la costumbre de la época, habían de recibirlo, se duermen, y cuando llega por fin el novio, algunas están listas y preparadas para entrar en la fiesta, mientras que otras, por su falta de previsión, han de quedarse afuera. La

* Ciclo A

identificación de Jesús con “el novio” no resultaba extraña a la comunidad de Mateo. Respondiendo una vez a los que le criticaban porque sus discípulos no ayunaban como sí lo hacían los discípulos de Juan y de los fariseos, les dijo, refiriéndose a sí mismo: “¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el novio está con ellos?” (9,15). También una leve alusión puede encontrarse en la parábola de los invitados por el rey a las bodas de su hijo en Mt.22, 1-10.

La parábola despliega todo su sentido no sólo mirando a la venida del Señor al fin de los tiempos, mirada esencial que fundamenta, pese a todo, nuestra esperanza en la salvación definitiva de la humanidad, sino también a la presencia del Señor en cada momento de la historia, haciendo de cada tiempo un “kairós”, un tiempo oportuno de salvación, de vida y de fraternidad. La vigilancia, que reclama Jesús, es la atención a los “signos de los tiempos”, como acontecimientos en los que Dios está de manera discreta pero realmente presente y salvando, tanto las grandes oportunidades y desafíos de cada momento histórico social y político, como las pequeñas tramas en las que se juega la vida y la felicidad –o la muerte y la desgracia– de mucha gente. Y vigilancia para caminar con las lámparas bien provistas del aceite de la lucidez y de la fe, para interpretar correctamente las situaciones de cada momento, sus oportunidades y desafíos. Vigilancia y atención para responder con eficiencia a las demandas del “novio”, que llega, como en la parábola, en la oscuridad de la noche, cuando no se percibe con claridad sus rasgos en los rostros sufrientes de los pobres, de las mujeres abusadas, de los migrantes, en los que hemos de reconocerle.

La parábola es clara. No es suficiente una buena disposición inicial, la buena intención. Se requiere estar provistos de aceite para estar a la altura de las exigencias del momento: Podemos responder, pero también podríamos quedarnos al margen, como aquellas muchachas necias de la parábola. Es una advertencia para cada persona y también para cada comunidad: “Velen, pues, porque no saben ni el día ni la hora”. Vivimos un tiempo fuerte de oportunidades y de desafíos, en el que las decisiones que se tomen repercutirán en las condiciones de vida de muchísima gente. Es preciso estar vigilantes, atentos al amor con que asumimos nuestra responsabilidad hacia los asuntos comunes, especialmente los que conciernen a los más vulnerables de nuestra sociedad. Ahí está en juego, como dice el inicio de la parábola, lo que se refiere al Reino de Dios.

La parábola distingue dos actitudes personificadas en las jóvenes prudentes y las jóvenes necias. Las prudentes o sensatas han procedido con buen juicio, con sabiduría, la que es elogiada en la primera lectura, tomada del libro de la Sabiduría. No consiste en la acumulación de estudios y conocimientos: es don de Dios y fruto del amor: “Se deja ver fácilmente por los que la aman” y “meditar sobre ella es sensatez consumada”. Amar la sabiduría y meditar sobre ella significa para nosotros tomar en cuenta a Jesucristo, la Sabiduría de Dios encarnada, hecha práctica humana y criterio, que oriente y guíe nuestro discernimiento y decisiones. Sabiduría permite saber vivir con sentido como seres humanos en relación unos con otros como lo aprendemos de Jesús: marca la vida, ofrece criterios, prioridades, estilos y aún en medio de los problemas y dificultades nos permite saborear la felicidad para la que Dios nos creó.

La lectura de la Carta a los Tesalonicenses cae bien en esta primera parte del mes en que tradicionalmente recordamos a nuestros difuntos. Pablo nos aconseja para que "no se entristezcan (ante la muerte) como los que no tienen esperanza". Lo fundamenta con una afirmación: "Si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús … y así estaremos siempre con el Señor". La fe en Jesús, el crucificado resucitado, nos resulta esencial para afrontar la vida y también para encarar la muerte. Creemos que morimos para vivir "con el Señor". Encaja bien con las palabras de despedida de Jesús en la última Cena; "voy a prepararles un lugar… volveré y los tomaré conmigo, para que donde esté yo, estén también ustedes". La muerte de los seres queridos siempre nos deja entristecidos, quizá más en el tiempo aquel de la pandemia en el que los ritos de la despedida no pudieron ser plenamente cumplidos. Pienso también hoy en las muertes producidas por el hambre y el desamparo social y las producidas en asesinatos y sicariatos, y como consecuencia de las guerras, que hacen más duro el desconsuelo y difícil el acompañamiento Por eso Pablo insiste: "Consuélense, pues, mutuamente con estas palabras". En todo caso, para la fe la muerte no es la palabra última y definitiva. Se muere para una vida nueva. Tristeza y esperanza pueden conjugarse; mutuamente se confortan. Tristeza sin esperanza ahoga, deprime; esperanza sin tristeza resulta hueca y vacía. La recomendación creyente de Pablo encierra también un hondo sentido humano para afrontar con serena dignidad –¡y con esperanza!– la muerte personal hacia la que sin duda nos encaminamos.